

RUDYARD KIPLING

Una mirada sobre el mundo de Kipling

Por Nùria Obiols Suari*

Las obras de Kipling, sobre todo, los cuentos y novelas que son hoy clásicos de la LIJ, han estado casi siempre bien arropados por ilustraciones que han reflejado bien esos mundos exóticos, mágicos, míticos que creó el autor. Su propio padre, John Lockwood Kipling, se encargó de los grabados que acompañaron la primera edición de El libro de la selva, en 1894, y el mismo escritor nos descubrió su habilidad para el dibujo en Sólo cuentos. Después de ellos, muchos grandes artistas nos han ofrecido su mirada sobre el universo del genial escritor.



JOHN LOCKWOOD KIPLING, EL LIBRO DE LA SELVA, ANAYA, 1995.



EDUARDO FEITO, EL SEGUNDO LIBRO DE LAS TIERRAS VIRGENES, BRUGUERA, 1982.

RUDYARD KIPLING

Las imágenes y los textos de Kipling han sido, a lo largo de estos tiempos, un tándem bastante bien avenida. No prolífico, como podrá verse en las líneas que siguen, pero con algunos detalles que nos parecen destacables. Por ejemplo, que él mismo ilustró alguna obra. Que Arthur Rackham también le dedicó su arte. O, cómo no, que disponemos de una memorable versión Disney con un entrañable Baloo y un histriónico rey Louie.

Y todos ellos, todos los artistas que han elaborado gráficamente la obra —con lápices, plumillas o pinceles en mano— han querido resaltar el sabor más genuino del padre de Mowgli. El sabor de la selva o del mar. El sabor de la naturaleza. Vamos a verlo.

Perspectivas clásicas

En 1894, vio la luz por primera vez *El libro de la selva* y llegó acompañado de

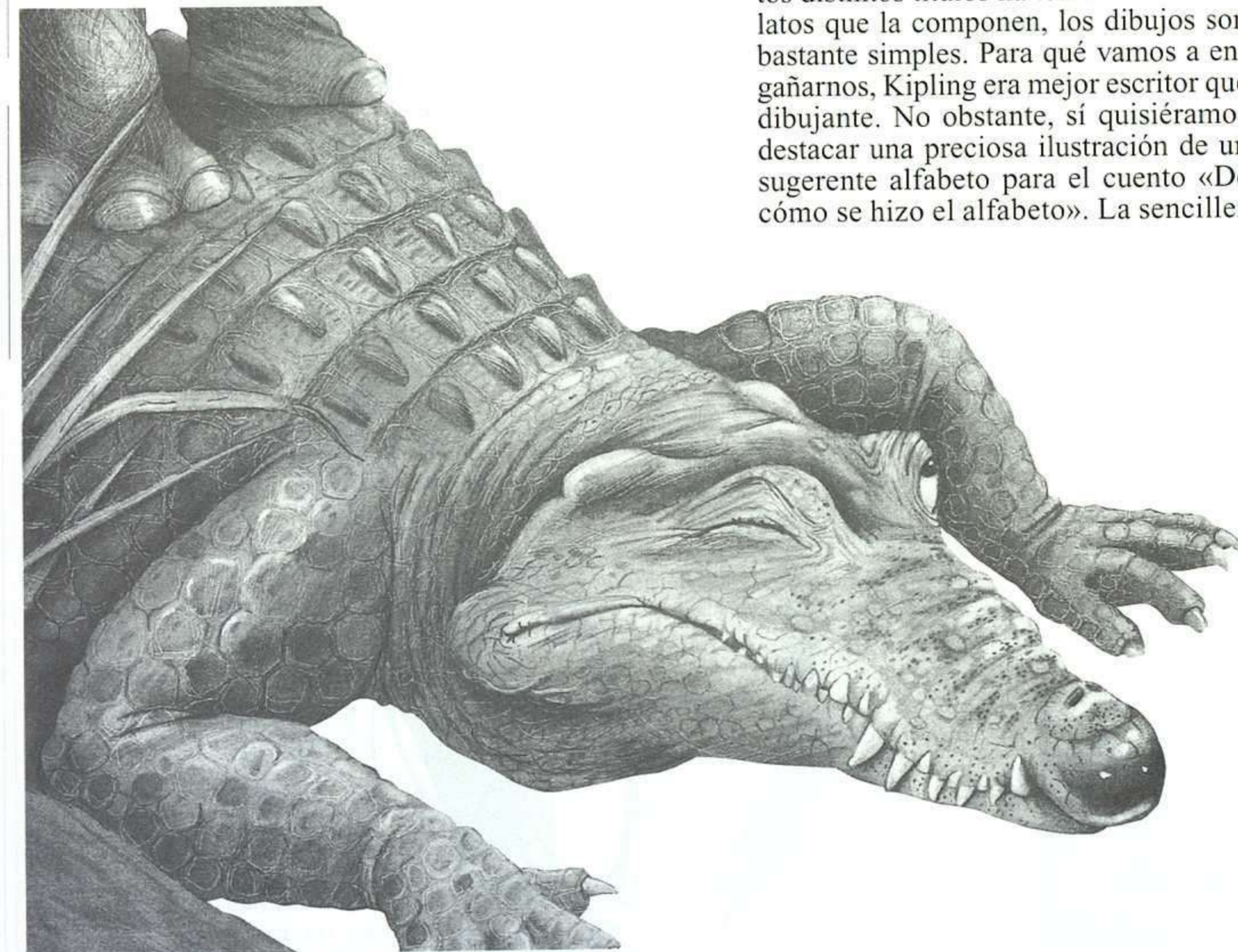
las ilustraciones de John Lockwood Kipling, padre del escritor, y William Henry Drake. El primero se dedicó a decorar la obra con cartelas que inician cada uno de los capítulos y que rebosan detallismo y buen gusto. Y el segundo fue el encargado de realizar las ilustraciones que, por cierto, no fueron muchas. En total, unos trece grabados de corte muy realista y de trama sencilla.

En 1895, llega *El segundo libro de la selva*, que en esta ocasión ve la luz sólo con los detalles de J.L. Kipling, con cartelas y delicadas letras capitulares. Dos años más tarde, I.W. Taber ilustra *Capitanes intrépidos*, con un estilo muy parecido al de su predecesor, William Henry Drake. Y, poco después, llega un trabajo muy destacable: el del propio autor. Joseph Rudyard Kipling, además de escribir extraordinariamente bien, le coge el gusto a expresar sus propias palabras mediante imágenes. Y el ejemplo lo encontramos en sus famosos *Sólo cuentos (para niños)*, de 1902, obra que tantos distintos títulos ha tenido. En los relatos que la componen, los dibujos son bastante simples. Para qué vamos a engañarnos, Kipling era mejor escritor que dibujante. No obstante, sí quisiéramos destacar una preciosa ilustración de un sugerente alfabeto para el cuento «De cómo se hizo el alfabeto». La sencillez

de la línea, con el contraste del blanco y el negro, destacan de una forma especial en esta imagen muy original, sobre todo si tenemos en cuenta la época en la que se realizó.

Otro de los artistas clásicos que elaboró su ramillete de ilustraciones, en este caso, para la obra *Puck de la colina de Pook*, fue Harold K. Millar. Lo hizo para su primera edición de 1906, con un total de 19 grabados que, en cuestión de calidad, son más destacables, si cabe, de todo lo aparecido hasta el momento. Se trata de un ilustrador bastante representativo en su época y que, tal y como muestra la obra, además de ser muy pulcro en la técnica, era de los que se esforzaba en su labor documental.

Y, por último, tenemos a un ilustrador de excepción. Se trata de sir Arthur Rackham que, como todo el mundo sabe, es uno de los dibujantes más relevantes y dejó un legado de extraordinaria calidad. Rackham era el rey de la plumilla, de la acuarela y, sobre todo, de



LORINDA-BRYAN CAULEY, EL PEQUEÑO ELEFANTE, DEBATE/CÍRCULO DE LECTORES, 1985.



MABEL ÁLVAREZ, STALKY & CO., BRUGUERA, 1980.

lo intangible en la imagen. Los duendes y otros personajes fantásticos eran su plato fuerte. Y, en esta ocasión, lo demostró de nuevo ilustrando *Puck de la colina de Pook*. Tal y como muestra la ilustración, los duendes están presentes. Aunque no es uno de los trabajos más notables del prestigioso ilustrador, pero sin duda que conserva ese aire de familia con el resto de sus otras obras, ese tono entre sueño y realidad.

Algunas rarezas y el eterno Disney

En 1921, José Triadó ilustró *El libro de las tierras vírgenes*, obra que publicó la Editorial Gustavo Gili. Pueden observarse imágenes que resultan verdaderamente interesantes por el dominio de las figuras (sean humanas o animales), aunque se trata de un volumen muy poco ilustrado.

Pero lo verdaderamente curioso de es-

te período es la afición a editar obras ilustradas con fotografías. Aprovechando la circunstancia de la adaptación cinematográfica de *Capitanes intrépidos*, *Kim* y *El libro de las tierras vírgenes*, entre los años 40 y 50, salieron a la luz ediciones de estas tres obras con las fotografías en blanco y negro de las películas, lo cual, dicho sea de paso, era una opción frecuente en los años a los que nos referimos.

No hay duda de que las ilustraciones más presentes en el mercado, vinculadas a la obra de Kipling, son las extraídas (o en algunos casos copiadas directamente) de la adaptación cinematográfica de Walt Disney.

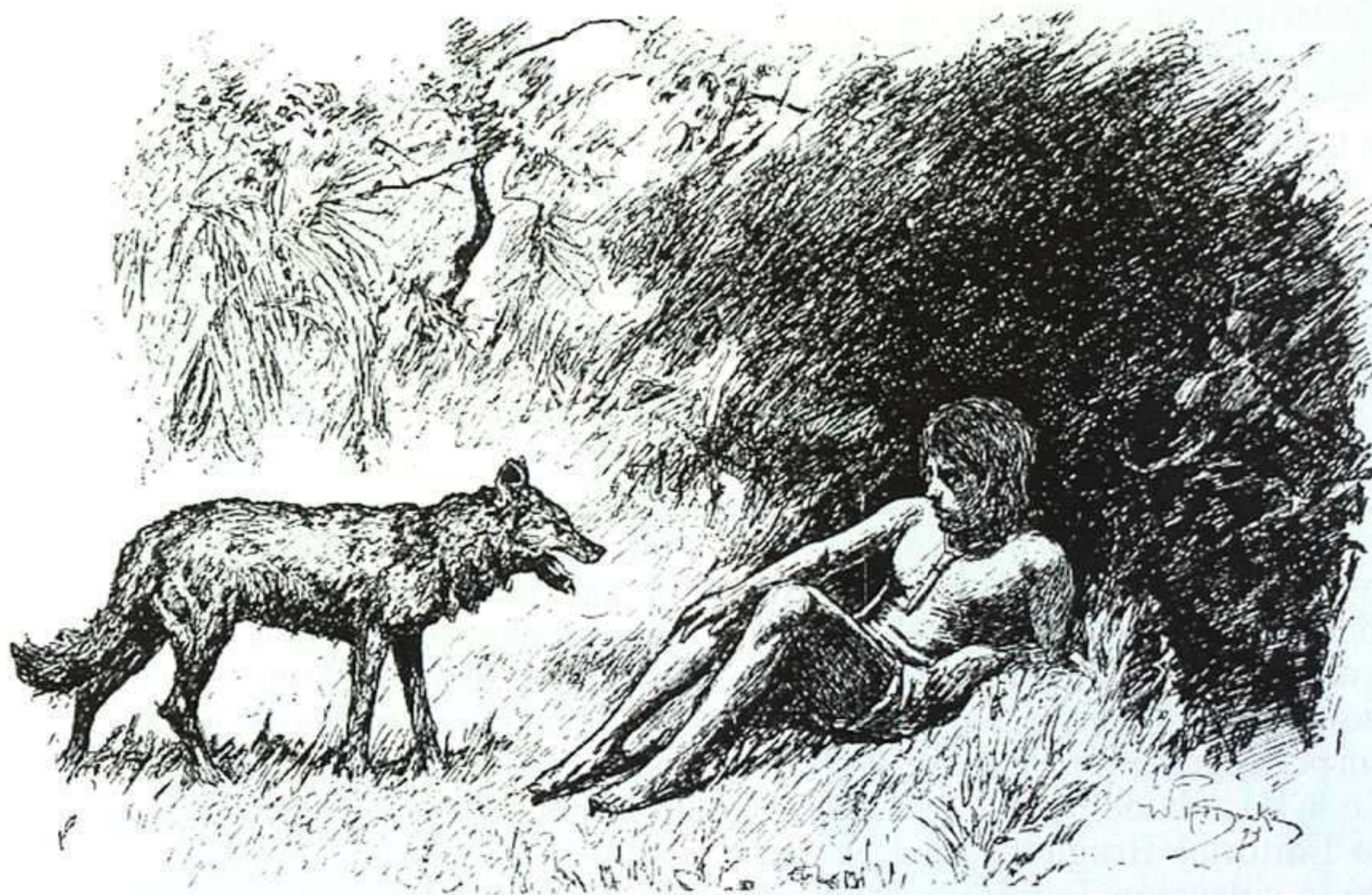
No entraremos aquí en el debate rancio de si Disney era un buen o mal dibujante o de si sus películas merecen o no un lugar en la estantería del intelectual medio. Odiamos profundamente esta discusión ya muy manida y, por lo tanto, prescindiremos de ella, puesto que somos del parecer que *El libro de la selva*, de Walt Disney, es una película maravillosa. Fresca como la jungla que se ve, apetecible como uno de los plátanos de Baloo y rabiosamente divertida como el rey Louise y sus secuaces. Evidentemente, las versiones impresas no son lo mismo. Más bien resultan sosas y desangeladas al lado de la película. Y

por eso no nos parecen especialmente destacables, dada que la gracia principal de la adaptación del creador de Mickey es, precisamente, su singular movimiento. No podemos dejar de maravillarnos ante el movimiento que insufla a los personajes de esta película, y también a los de anteriores filmes, como *Blancanieves y los siete enanitos* (1937). Movimiento que, a nuestro humilde entender, no ha logrado superar ningún ordenador utilizado por la Compañía Disney en sus películas más modernas.

No nos extenderemos aquí en la magia de la banda sonora y en la participación de, nada más y nada menos, Louis Armstrong. Aunque sí diremos que la línea del dibujo está en perfecta armonía con las notas musicales que animan tantísimo la historia de Mowgli. Si Kipling levantara la cabeza, no tenemos ni la más remota idea de lo que pensaría al ver la película de Disney. Pero a quienes seguro que ha gustado es a todas las generaciones de niños, desde los años 60, que han mirado embobados a ese Baloo panzón y gandul, esa enigmática y fascinante Kaa y ese tremendo y temible Shere Kahn. Como siempre que se habla de Disney, lo más discutible es la adaptación del texto, ese pragmatismo americano que ha caracterizado las tramas argumentales de sus películas. Al mago de



ÁNGEL DOMÍNGUEZ, PRECISAMENT AIXÍ, JOVENTUD, 1998.



WILLIAM HENRY DRAKE, EL LIBRO DE LA SELVA, ANAYA, 1995.

la animación nunca se le cayeron los anillos a la hora de suprimir lo que él consideraba superfluo y eso, en algunas ocasiones, ha empeorado el resultado final. Pero la perfección de la película y lo trepidante de algunas de sus escenas hacen que uno, como espectador, acabe por omitir este detalle.

Miradas nacionales

Pablo Ramírez es uno de los primeros de los que tenemos constancia como ilustrador de Kipling. Y firma los dibujos de *Precisamente así* (uno de los títulos que se le dio en nuestro país a *Just so Stories*), en una edición de 1967. Y resulta extraño, pues casi todas las ediciones de esta obra en España iban acompañadas de las ilustraciones del propio Kipling.

Ramírez, pues, aborda la misión con su estilo de siempre, que sorprendió tanto, en la década de los 60, a una literatura infantil sedienta de novedades y aire fresco. Sin duda, hizo una aportación fundamental al género y, en este caso, encontramos una muestra de ello. El trazo seguro y repetitivo, el color algo estridente, el inicio de la caricatura como estilo... son algunas de las características de esta edición muy representativa de lo que ocurría en esos tiempos en las páginas destinadas a los más pequeños.

Posteriormente, sale a la luz una edición en catalán de *El primer y el segundo libro de la selva*, publicados ambos por Editorial Selecta, en 1922. Luego, en 1969, los dos están ilustrados por Francesc Almuni, con el clásico estilo de cómic, en el que los contrastes del blanco y el negro, y el realismo más absoluto resultan la tónica general de la obra.

Unos años más tarde, en 1978, Timun Mas saca al mercado un álbum ilustrado titulado *Els germans de Mowgli*, que es la primera parte de *El libro de la selva*. Pero, para nuestra desilusión, no figura el nombre del ilustrador. La ilustración del artista anónimo es muy realista, de trazo muy contundente, y quien la mire sabrá perfectamente ubicarla en la época.

En la década de los 80, la desaparecida Editorial Bruguera saca al mercado la colección Todolibro, y en ella encontramos *Stalky & Co.* (1980) y *El*

segundo libro de las tierras vírgenes (1982) (suponemos que también se publicó el primero, pero no hemos logrado localizarlo).

En el caso de *Stalky & Co.*, es Mabel Álvarez la encargada de darle tono gráfico a la obra y lo hace con el estilo típico de historieta gráfica que tanto encajaba en la editorial. Y, poco después, llega *El segundo libro de las tierras vírgenes*, con las imágenes de Eduardo Feito, con línea y contraste bastante remarcables.

No es hasta 1986 cuando encontramos interpretaciones gráficas interesantes de la obra de Kipling, de la mano de Alfon-



J. L. KIPLING, EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA, ANAYA, 1988.

so Ruano. La Fundación Santa María publica *El libro de la selva* y lo hace con un ilustrador de excepción. Ruano nos transporta a una jungla muy clara, muy pulcra y transparente, mediante la acuarela que utiliza para sus ilustraciones. Es una obra ya bastante antigua, pero podemos observar en ella el estilo que siempre caracteriza al prestigioso artista.

Una joya a destacar muy mucho (si se me permite la expresión) es el trabajo de Ángel Domínguez, en *Precisament així*, aquellos cuentos que ilustró en su día el propio Kipling, y que encontramos en una edición de Juventud, en formato grande, de tapa dura y maravillosamente ilustrados en color y en una tinta. Una sólida base de buen dibujante le sirve a Domínguez para elaborar un trabajo exquisito que debe tenerse en consideración.

Y, para cerrar este apartado, en 1998, Miguel Calatayud dibuja un *Libro de la selva*, para la editorial valenciana Bromera, repleto, repletísimo, de esas lí-

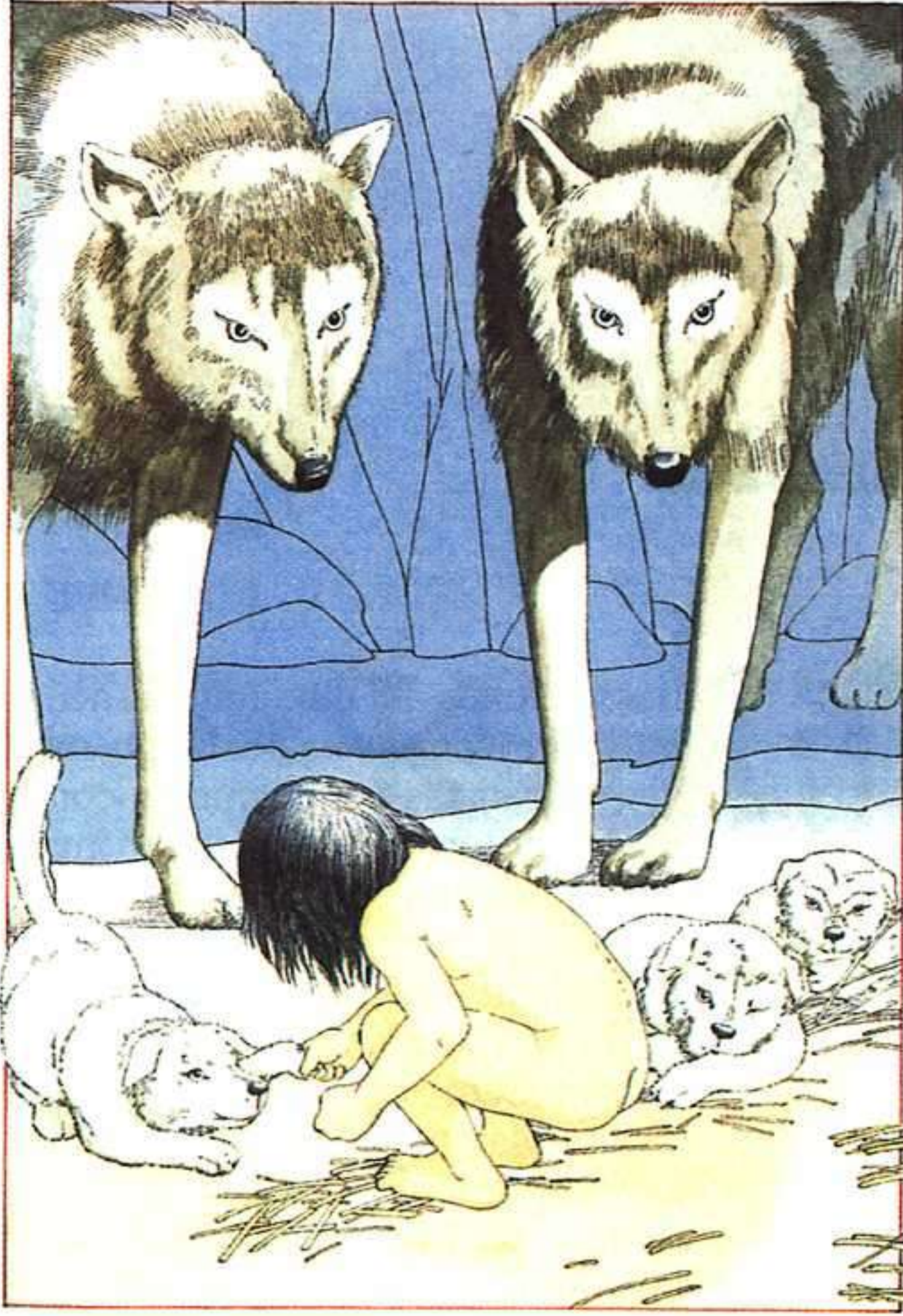
neas que tanto le gustan y con las que compone tan especiales imágenes. Destacaremos, sobre todo, la cubierta, ya que en ella puede verse un color maravilloso que sabe a selva.

Miradas recientes

Si nos asomamos a la ventana de lo que se ha ilustrado fuera de nuestro país en los últimos años, en primer lugar encontramos un trabajo muy interesante de la ilustradora Lorinde Bryan Cauley. Se trata de la adaptación, en formato de álbum ilustrado para los más *peques*, de *El pequeño elefante*. Es una obra muy relevante por dos razones. La primera, porque es poco habitual que una obra de estas características esté ilustrada en blanco y negro y en color. La base es el lápiz en ambas modalidades y resulta francamente destacable el uso de la técnica. Y la otra cuestión a resaltar es el estilo, a caballo entre el realismo y la caricatura, que otorga a la obra una gracia adicional.

Anteriormente, hemos mencionado unas obras ilustradas en el apartado de clásicos en las que, en su formato editado en España por Anaya, aparecen ilustraciones de dos autores modernos: Safaya Salter y Alexander Koshkin. La primera es una ilustradora que firma las ilustraciones de color de *Sólo cuentos*, en su edición de 1987. Y hay que decir que merece la pena recrearse en ellas, porque cada una es como un pequeño lienzo en el que la dibujante, paciente y precisa, ha depositado refinados detalles que le dan un tono entre medieval y oriental muy atractivo y, a la vez, muy acorde con la obra.

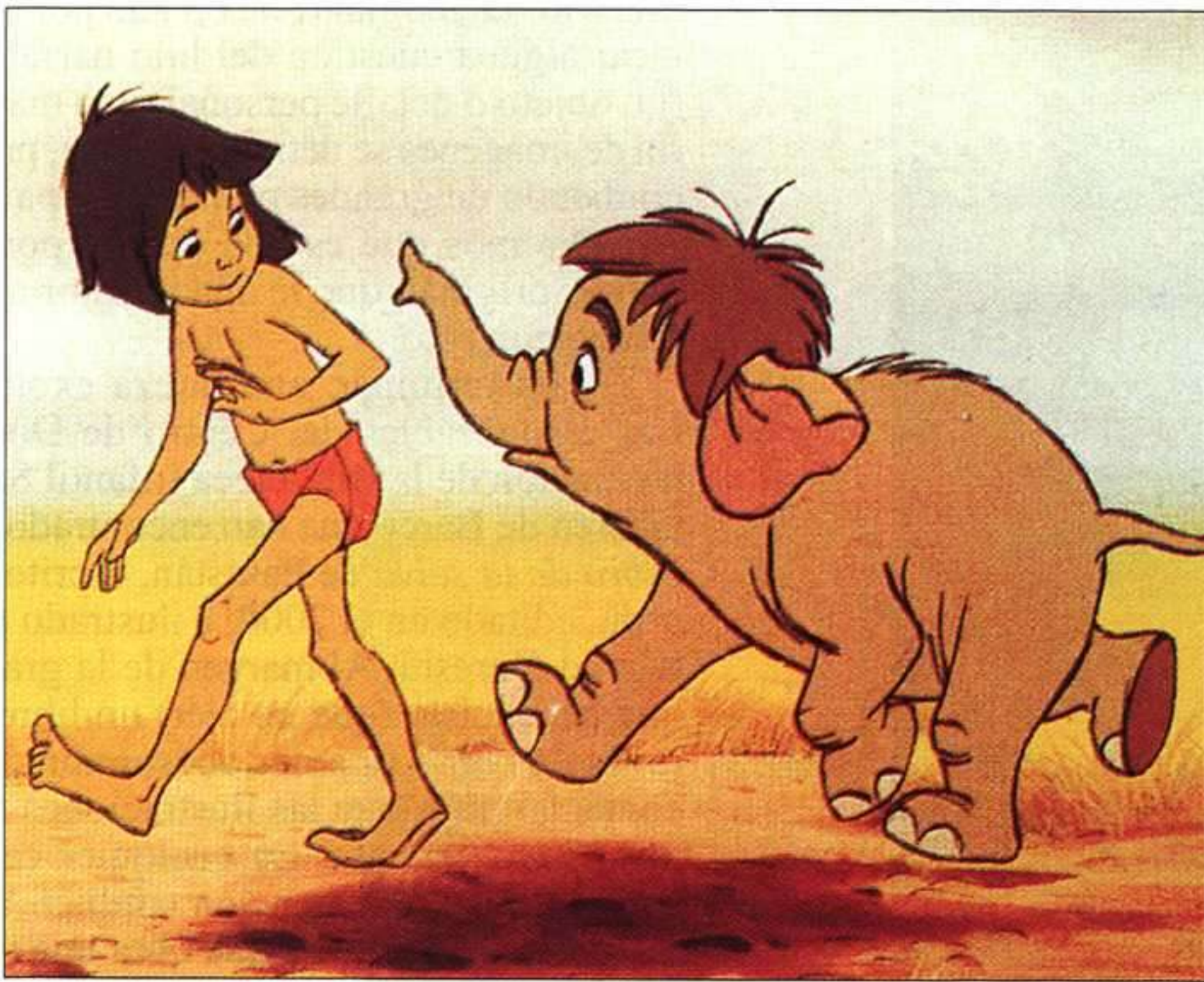
El segundo autor, Alexander Koshkin, firma las ilustraciones que aparecen en los dos *Libros de la selva*, en las ediciones de Anaya de 1987 y 1988. Y su trabajo es sensacional. Con un estilo marcadamente *naïf*, un uso del color magistral (con tonos clamorosamente cálidos), el dibujante otorga a la obra un sabor muy especial, tan hindú que sólo le falta oler a especias. Además, las ilustraciones a doble página las divide en las dos partes correspondientes a cada una, de tal manera que provoca un efecto retablo muy interesante.



ALFONSO RUANO, EL LIBRO DE LA SELVA, SM, 1986.



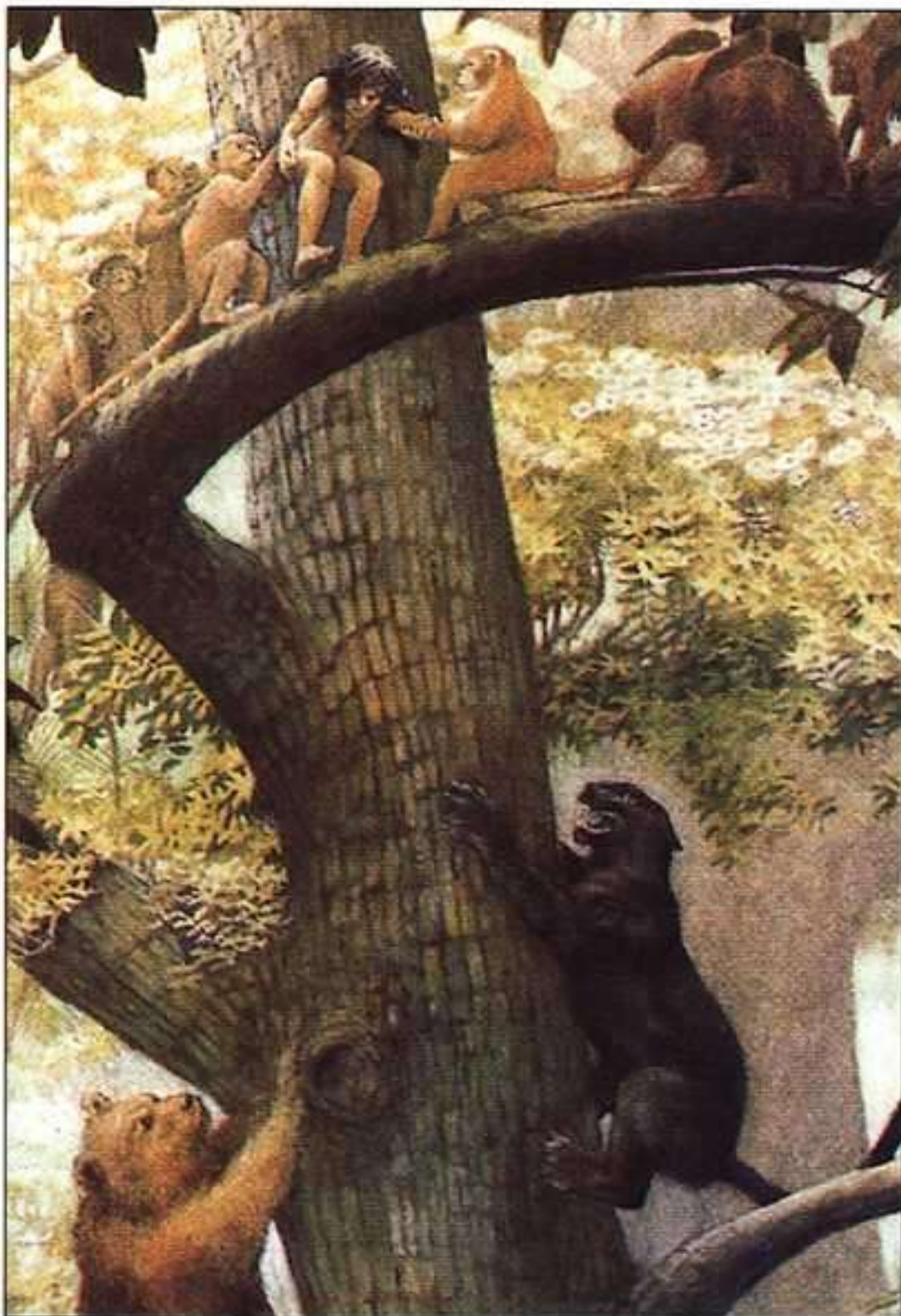
KHALID GURESHI, MOWGLI EL NIÑO SALVAJE [ED. EN PAKISTANÍ], SANG-E-MEEL PUBLICATIONS, 2000.



DISNEY, EL LIBRO DE LA SELVA, EDICIONES B, 1996.



ARTHUR RACKHAM, PUCK OF THE POOK'S HILL.



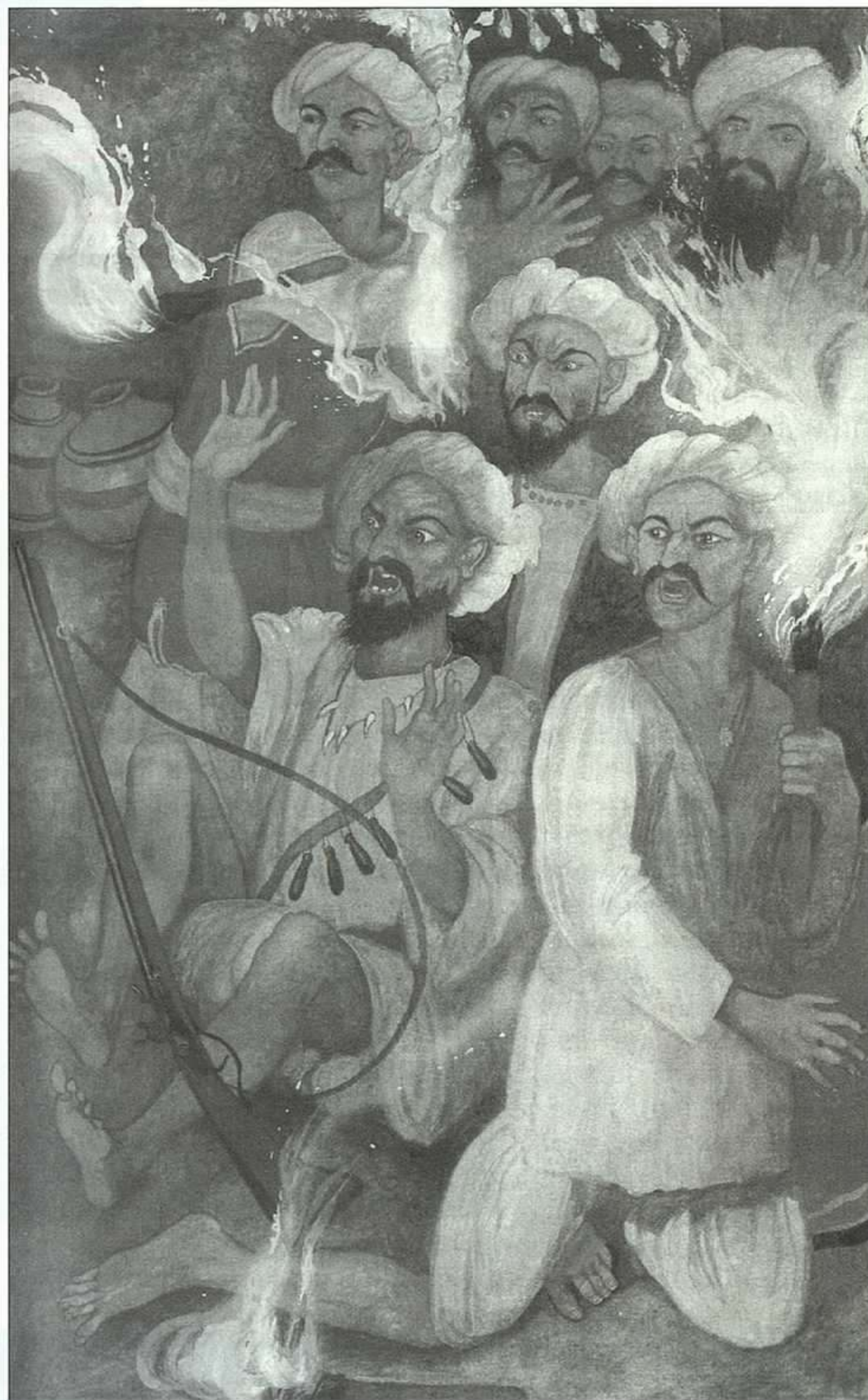
INGA MOORE, LAS AVENTURAS DE MOWGLI, VICENS VIVES, 2001.



PABLO RAMÍREZ, PRECISAMENTE ASÍ, JUVENTUD, 1967.



SAFAYA SAITER, SÓLO CUENTOS, ANAYA, 1988.



ALEXANDER KOSHKIN, EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA, ANAYA, 1988.

Inga Moore, una de nuestras ilustradoras favoritas, mostró al mundo su arte con las ilustraciones de *El libro de la selva*. Esta dibujante es una maestra con la técnica a lápiz y las perspectivas. Ambas virtudes generan un *Libro de la selva* suave, como aterciopelado, de colores sin igual y con unos planos verdaderamente interesantes.

Christian Broutin ilustró también otra edición de *El libro de la selva*, editado por Gallimard, en Francia, en 1994, y en

castellano y catalán por SM y Cruïlla, respectivamente. Y decimos que es particular porque es una de aquellas ediciones en las que, paralelamente a la lectura literaria, se puede consultar información relacionada con la obra y con la vida de Kipling, en los márgenes de las páginas. Se trata de una edición muy completa, con documentos de niños criados en manadas de lobos o grabados sobre los lugares en los que se supone que Kipling ubicó la historia. En cuanto a las

ilustraciones del dibujante francés, diremos que son de un realismo muy evidente, tratadas notablemente con la técnica a color, que lo acercan más a un manual de biología o zoología que a la fantasía literaria, lo cual es muy acertado teniendo en cuenta la concepción del libro, un híbrido entre novela y libro de conocimientos.

Con Maylee Yábar-Dávila ocurre algo verdaderamente curioso y es que la ilustradora es, a la vez, la traductora del libro. Se trata de la edición de Anaya de *Capitanes intrépidos*, cuyas ilustraciones destacan por centrarse en el detalle literario. La dibujante ha optado por destacar alguna cuestión del hilo narrativo (un objeto o detalle personal) y la mayoría de imágenes se detienen en ella, prescindiendo de grandes planos o de paisajes. Diremos que es una opción por lo menos original, que le añade valor a un dibujo correcto.

Y para terminar, una rareza exótica. Las responsables del Centro de Documentación de la Biblioteca Infantil Santa Creu de Barcelona han encontrado un *Libro de la selva* de Pakistán, escrito en urdú, editado en el 2000, e ilustrado por Khalid Qureshi. Al margen de la gracia que hace mirar (que no leer) un libro al revés de como estamos acostumbrados, comentaremos que las ilustraciones tienen cierto encanto. En cualquier caso, nos ha llamado la atención también, cómo no, por tratarse de una obra que viene de un país desgraciadamente muy protagonista en el panorama internacional y que, en tiempos de Kipling, parte de su territorio pertenecía a la India. Un país en el que las convulsiones sociales están a la orden del día. Un país en el que, en estos momentos, seguramente no están para cuentos. Ojalá que pronto pase la tormenta y los conflictos bélicos sean agua pasada. Seguro que Mowgli desearía lo mismo. ■

*Núria Obiols Suari es profesora asociada en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Facultad de Pedagogía de la Universitat de Barcelona.

Nota

La autora quisiera agradecer la colaboración de Teresa González, bibliotecaria y responsable del Centro de Documentación de la Biblioteca Infantil Santa Creu (Barcelona), en la búsqueda y rastreo de la bibliografía del artículo.